

Joaquín Gutierrez



La editorial chilena Rapa Nui concedió su premio, correspondiente al año de 1947, a la novela Cocorí de Joaquín Gutiérrez Mangel. Es un relato para niños, afirma alguien. Cosa sencilla ya que es muy difícil dejar contentos a los niños. Es algo para adultos, responde el otro. Los adultos con cualquier cosa se sienten satisfechos.

En realidad, la novela es para una y para otra edad. Y allí se encuentra su mérito indiscutible. El nombre del simpático protagonista nos es profundamente familiar. Se escuchó repetido, con respeto sin límites, bajo las misteriosas catedrales de nuestras selvas vírgenes.

Cocorí es un simpático niño de rostro oscuro, tan oscuro como el caimito. Sus ojos de porcelana, muy abiertos siempre, miran como asustados. Tienen miedo, naturalmente, de cosas y de personas. De lo que no es él, y aún de aquello que él mismo cree ser, tiene derecho a esperar algo nuevo. ¿Un mal? ¿Es posible un benecio? ¡Es dudoso!

Vive entre la selva y el mar. Dos inmensidades.

Ambos guardan, celosos, sus secretos. De ambos puede venir lo inesperado.

Del sendero innumerable que constantemente borran las olas inquietas llega lo inefable para Cocorí.

Una niña rubia de ternura exquisita. Tan joven como él. En ambos bulle la misma ingenuidad. Se comprenden, se hacen regalos. Él le obsequia un puñado brillante de caracoles nacarados en cuyo interior se conserva, prisionero, el rumor angustioso de océano. Hay, en cada uno de ellos existe en todo corazón humano, un fragor de tempestad insospechado. ¡Parece tan lejano! ¡Y tan cerca que se encuentra!

La niña rubia, en cambio, le entrega una rosa de cristal que respira, hecha de luz perfumada y de aroma matizados.

Ese regalo constituye, desde entonces, el núcleo admirable de la novela, porque se sitúa con intensidad dramática, en el corazón mismo de Cocorí. Corazón que es también una rosa.

Ella -caprichosa ya, por algo es mujer- quisiera conseguir sacado de aquella selva de maravillosos caminantes, un mono titi. De esos que son, en su pequeñez y en su inquietud, símbolos perennes de los inconstantes deseos humanos.

Mientras Cocorí se aventura al través de la selva desconocida, en busca del animal intranquilo, el barco se hace a la mar. Se aleja de la rada de belleza tropical llevándose, para siempre, a la deliciosa niña rubia.

Vuelve Cocorí, entusiasmado. Trae el monito que tantas alegrías habrían de causarle a la chiquilla caprichosa. Se encuentra solo. Ella, la ingrata, se ha ido. Sin quererlo -como lo hacen todo las almas femeninas- trajo la honda -melancolía. Como si fuera poco esa ausencia, la rosa nacarada que ella le regaló, se había deshecho en una lluvia melancólica de pétalos muertos. Tan impresionantes para Cocorí, como si fueran lágrimas.

Algo se impone en el espíritu rebelde del negrito. Una pregunta aflora. ¿Por qué, por qué, Dios mío, el barco no había esperado su regreso? ¿Por qué, de la rosa bendecida, habían escapado, tan pronto, la frescura y la belleza?

Quiso -filósofo en ciernes- resolver el angustioso enigma. Preguntó a unos y a otros. Al viejo pescador, hábil en rehuir responsabilidades. A la paciente doña Modorra, la que sabe explotar los múltiples defectos de los semejantes. Al más viejo de los caimanes, monstruo de muy pocas pulgas. A los animales reunidos en cónclave. A Talamanca, la bocaracá nunca satisfecha.

Nadie quiere comprometerse dando una respuesta eficaz a pregunta tan sencilla. ¿Por qué? ¿Para qué interesarse por una flor? Por una infeliz florecilla que vivió solo una mañana.

Del viaje lleno de sorpresas, volvió Cocorí acompañado por el monito sin dueña encantadora y por la filósofa Tortuga que ya tiene ciento cincuenta años y que todavía se siente joven. ¡Por algo es filósofa!

Es el Negro Cantor, el Poeta sin preceptiva estorbosa, quien resuelve las angustias íntimas del dueño de la flor marchita convertida en incontable número de lámina de nácar y herrumbre.

La vida de la flor - explica el Negro Inspirado - no fue una existencia corta. Pasó por el mundo rodeada de belleza, hecha de matices y de perfumes. La acariciaron las suaves manos de la niña que fue ingrata sin quererlo. Aquella flor fue siempre dichosa. Vivió muchos, muchísimos minutos que para ella fueron Siglos de encanto. Porque en cada segundo generosa, ella se daba en colores en aromas en tenuidades indecibles e inefables.

Mucho se puede vivir en un instante siempre que sea aprovechado en hacer la felicidad ajena. Siempre que sean distribuidas, sin sentirlo siquiera, los perfumes de una alma privilegiada.

Además, es preciso recordar que la rama de la que se desprendió, desmayada, la rosa puede florecer de nuevo. Porque ninguna obra de bien vive para sí. Se reproduce, en su misma bondad, hasta la consumación de los siglos.

Tal es la moraleja de este pequeño y valioso libro de Joaquín Gutiérrez. Escrito en el estilo claro y perfecto, ya conocido del lejano y admirado compatriota.